

## Sancti Petri.

El islote de Sancti Petri se sitúa frente a la desembocadura meridional del caño del mismo nombre.

Las ruinas del baluarte defensivo que vemos hoy ocultan una historia mucho más antigua, una historia que se funde con la leyenda y que nos lleva más de 3.000 años atrás en el tiempo.

Los fenicios que fundaron Gádir —la actual Cádiz— levantaron aquí un importante santuario dedicado al dios Melkart, antecedente del héroe grecorromano Hércules, protector del comercio y de los navegantes.

En época romana el santuario alcanzó gran esplendor y fue visitado por personajes ilustres. Se creía que aquí estaban enterrados los restos de Hércules y otras reliquias veneradas en la Antigüedad. Había estatuas y relieves que recordaban las hazañas del héroe mitológico y un fuego ardía permanentemente en su honor.

No se construyó nada sobre el islote desde que se abandonó el santuario hasta el siglo XVI. En ese momento se levantó la torre principal del castillo, y dos siglos más tarde, en el XVIII, se erigió el resto, como defensa frente a los ataques piratas. En el siglo XIX fue bombardeado y quedó reducido a su aspecto actual.

Hoy las gaviotas son los únicos habitantes del castillo.

Cerca del islote se amontonan las anclas abandonadas por los pescadores. Junto a ellas los restos de un pequeño mercante hundido han conformado un arrecife de metal donde se refugian numerosos organismos submarinos. Los pescadores lo llaman el Barco de la luz por su proximidad a las balizas luminosas de la almadraba.

Entre el fantasmal amasijo de hierros pueden distinguirse las cuadernas del buque como si de las costillas de un animal fósil se tratase.

Va llegando la noche. La Luna genera las mareas y el movimiento de grandes masas de agua, que arrastran una gran cantidad de materia orgánica.

Un centollo se afana en mantener su camuflaje en perfecto estado y, un poco más allá, una langosta descansa oculta entre los restos del naufragio. Ambos esperan pacientemente que llegue la noche para salir a cazar.

Una colonia de ascidias filtran en aparente calma, ajenas a la actividad de centenares de peces roncadores que se agitan frenéticamente. Es la excitación que produce la llegada de las corrientes cargadas de alimento.

Pero tanto movimiento los deja agotados y han de buscar refugio entre los hierros del barco hundido, ya que en esos momentos son muy vulnerables ante depredadores mayores como el congrio.

El congrio parece no tener nunca prisa. Su musculoso y alargado cuerpo está adaptado a la vida en lugares difíciles. Según el área en la que vive, cambia la tonalidad de la piel, que es gruesa, resbaladiza y sin escamas. Se desliza con absoluta agilidad entre salientes y agujeros, entre corales y antiguas escotillas. Es habitual observar sobre su piel las marcas anulares que dejan las ventosas de uno de sus alimentos preferidos, el calamar.

No se sabe demasiado sobre las fases de reproducción del congrio, pues cuando llega el desove se desplaza a zonas cuya profundidad puede alcanzar los mil metros.

Es un curioso infatigable pero también es, literalmente, miope. Para sus permanentes exploraciones cuenta con un sistema de receptores químicos, que son los que lo guían hasta sus presas. Es un depredador solitario, y su éxito depende de mantenerse en actividad constante, lo que consigue gracias a una increíble resistencia física. El congrio patrullará toda la noche para procurarse el sustento.